

diendo que, al justificar á Dios, la historia reconcilia á los hombres con su destino. ¿Qué significa la humanidad, si, como dice Montesquieu, siete siglos de guerras y de victorias dan por resultado los vicios y los crímenes de cinco ó seis monstruos? Por el contrario, si esas luchas sangrientas realizaron la unidad del mundo antiguo; si el imperio, á pesar de su podredumbre, dió la paz al mundo, y con esta paz hizo posible la predicación del Evangelio, la desesperación cede su puesto á la esperanza. Somos instrumentos en las manos de Dios, es cierto; pero también está en nuestras facultades elevarnos hasta Él y secundar sus miras, queriendo lo que Él quiere. En todo caso, el gobierno providencial nos proporciona el consuelo de la certidumbre en la existencia de un poder protector que preside nuestro destino y que endereza los males mismos que nos afligen á nuestro perfeccionamiento.

II.

Jesucristo tuvo otros precursores que los conquistadores. Los escritores católicos celebran al pueblo elegido como depositario de la ley antigua que el Hijo de Dios vino á perfeccionar. El concepto es demasiado exclusivo; con todo, bajo cierto punto de vista hay en él algo de verdad. Sí, los Judíos son un pueblo elegido, y es el curso de su destino más maravilloso de lo que creen y admiten los cristianos. Los Judíos forman una raza teológica por excelencia; su religión extiende sus raíces á todas las religiones de la antigüedad. El Egipto, la Persia, hasta la India, ejercieron su influencia sobre el desenvolvimiento del pueblo de Dios. Vano fuera negarlo; los hechos lo comprueban. Ninguna nación ha tenido un destino tan agitado como los descendientes de Israel. Encuéntrase hoy diseminados en todo el globo, y comenzó la dispersión desde la más remota antigüedad. Detengámonos aquí un poco á contemplar la mano de Dios y el gobierno de la Providencia.

Los pueblos teocráticos no son guerreros; pero es fuerza que se pongan en contacto con la humanidad, sea para iniciarse en las creencias de los otros pueblos, sea para extender su propia religión; Dios cuida de que no queden aislados. Desde la antigüedad más remota encontramos en Egipto á los descendientes de Jacob. Abraham, el

patriarca venerado por el Oriente y Occidente, visita la tierra del Nilo por efecto de una hambre, según la tradición; Josefo, el historiador judío, añade que el célebre patriarca tuvo la dicha de aprender los sentimientos de los sacerdotes egipcios acerca de la divinidad (1). Otra hambre condujo á los hijos de Jacob al fértil Egipto. Su trágica historia es bien conocida: tratados al principio con favor, hasta el punto de ocupar los puestos más importantes del Estado y de que la casta sacerdotal los recibiera en su seno, acabaron por ser oprimidos. La servidumbre les envileció, y fué necesario un acontecimiento casi milagroso para salvarlos. Un niño expuesto á la piedad de los pastores, y recogido por la hija de un Faraón, fué luego el salvador de su pueblo y el revelador de la Ley Antigua. La tradición representa á Moisés como un miembro de la casta sacerdotal. En las *Actas de los Apóstoles* se lee que estaba instruido en todas las ciencias del Egipto. Manethon, historiador egipcio, hace del legislador hebreo un sacerdote de Heliópolis, un apóstata que abandona el santuario para ponerse al frente de los Judíos rebeldes. Esta tradición es la expresión de la realidad de las cosas. La influencia que el Egipto ejerció sobre el mosaísmo es incontestable; hasta sobre el arca santa está escrita, y se puede seguir su huella en los libros sagrados (2).

La ciencia descubre todos los días nuevas relaciones entre la tradición mosaica y los cultos del Oriente. Sabido es el papel que en las visiones de los profetas representan los animales sobrenaturales. En nuestros días se han encontrado en las ruinas de Nínive. Ese simbolismo se transmitió á la religión cristiana: los animales que representan á los cuatro evangelistas pertenecen á la escultura asiria (3). Es más que probable que se transmitieran también otras cosas, á más de las figuras del lenguaje. ¿Quién puso en contacto al pueblo de Dios con los grandes imperios del Asia occidental? La guerra. ¡La fuerza se convierte en instrumento de la iniciación religiosa! La influencia respecto á Nínive es vaga é indeterminada, pero cierta y auténtica, al mismo tiempo que capital respecto á los Persas. San Pablo dice que sin la resurrección de

(1) JOSEFO, *Antigüedades*, I, 8, 1.

(2) Véase mi *Estudio sobre el Oriente*.

(3) LAYARD, *Nineveh and its remains*, t. II, p. 110.—RAOUL ROCHETTE, *Diario de los sabios*, 1850, p. 35.

Cristo no hay fe cristiana. ¿De dónde procede la creencia en la resurrección del hombre en cuerpo y alma? Entre los Judíos estaba muy esparcida, y de aquí la facilidad con que los discípulos de Jesucristo prestaron fe á un milagro imposible; sin embargo, no la habían tomado del mosaísmo, que no dice una palabra sobre la vida futura. El dogma de la inmortalidad sólo tiene cabida entre los Israelitas, á partir de su destierro. No cabe, por tanto, negar el origen mazdeano de esta doctrina fundamental.

Hé ahí un hecho que tiene algo de milagroso. Es más que probable que así Jesucristo como sus apóstoles ignorasen hasta el nombre de Zoroastro y de su doctrina; sin embargo, son, sin saberlo, discípulos de los magos, y toman del mazdeísmo, sin conciencia de ello, el dogma que sirve de fundamento á la religión nueva. ¿Quién los inició? La fuerza, y uno de los abusos más odiosos de la fuerza, la expulsión, la trasplatación de los vencidos. Hay otro hecho que los cristianos mismos confiesan: la cautividad de Babilonia salvó al mosaísmo, y con él el porvenir religioso de la humanidad. Cuando la conquista, los Hebreos estaban en plena disolución; necesitóse un choque violento para sacudir las almas y despertar el sentimiento de Dios. La fe de los Judíos despertó entre las miserias de la esclavitud, y se depuró al contacto de una religión que, bajo cierto aspecto, era superior al mosaísmo. Al darles Ciro la libertad, ya se habían transformado, abandonando las tendencias á la idolatría y las veleidades tan frecuentes antes del destierro. ¿Cuál fué el instrumento de esta regeneración? La fuerza brutal.

Esta iniciación en todas las religiones de la antigüedad preparó al pueblo de Dios para su misión; después del destierro concentró toda su actividad en la vida religiosa. Faltábale aún un elemento esencial, tanto para la elaboración del dogma nuevo como para su propagación. Acabamos de indicar que el Evangelio fué escrito y predicado en griego. ¿Quién puso á los adoradores de Jehová en contacto con los Helenos? Siempre la fuerza, la guerra, la conquista. Alejandro extendió el helenismo por el Asia. Los Judíos, bajo la dominación de los Seleucidas y trasplantados en parte al Egipto por el héroe macedonio, vivieron en medio de la civilización griega, aprendieron la lengua de la Grecia y se iniciaron en su filosofía. En fin, la

fuerza cumplió su última misión. Jerusalén cae, y los Judíos se dispersan por todo el mundo, convirtiéndose en otros tantos precursores de la predicación cristiana. La dispersión comienza con su traslación á Babilonia y Egipto. Una parte solamente regresa á Palestina; el mayor número permanece en su nueva patria, á la que se encuentran ligados como colonos ó propietarios; las largas revoluciones que siguieron á la muerte de Alejandro les empujaban al extremo Oriente hasta la China. No había un rincón del globo donde no se encontraran descendientes de Israel. Los Judíos dieron á conocer á los gentiles las esperanzas mesiánicas, y así los prepararon para recibir el Evangelio. La *buena nueva* consistía en la aparición del Mesías bajo la personalidad del Cristo. ¿Cuál fué el instrumento de esta inmensa propaganda? Siempre la fuerza.

III.

En el destino del cristianismo, según vemos, desempeña la fuerza un papel maravilloso. Pues bien, todavía nos aguardan mayores maravillas. Jesucristo tuvo otros precursores á más de los Judíos. San Clemente de Alejandría no vacila en decir que, conforme á los designios de Dios, la filosofía preparó á los gentiles para recibir el Evangelio, como la ley de Moisés preparó á los Judíos (1). "Quien reuniera en un cuerpo de doctrina, dice Lactancio, la verdad esparcida en las diversas sectas filosóficas, estaría ciertamente de acuerdo con nosotros," (2). El parentesco entre la filosofía y el cristianismo es tan íntimo, que los Padres de la Iglesia se imaginaron que los filósofos habían bebido su doctrina en la Ley antigua. Platon y Aristóteles fueron transformados en discípulos de Moisés y Séneca mirado como un cristiano. Lo que no puede negarse es que la filosofía condujo la gentilidad al umbral del Evangelio. Después la filosofía preside á la formación del dogma cristiano. El cristianismo no se contiene por completo en el Evangelio; los dogmas propiamente dichos fueron elaborados por los Padres de la Iglesia y decretados por los concilios. Pero ¿quién formó á los doctores cristianos? Los filósofos.

(1) SAN CLEMENTE, *los Stromatas*, v. 6, p. 763; t. v, p. 381 (edición de POTTER).

(2) LACTANCIO, *Instituciones divinas*, VII, 7.

San Clemente dice que los filósofos fueron los precursores del Evangelio en los designios de Dios. Mas seguramente los filósofos no pensaron jamás preparar á la humanidad para una religion que trata á la filosofía de ciencia inútil y que pretende humillarla hasta el puesto de esclava de la teología. Luego los filósofos realizaron lo que no se proponían, y, por tanto, bajo este sentido, fueron instrumentos de un poder superior; ¿no será la Providencia divina ese poder? Resta apreciar cómo los filósofos, pensadores solitarios, se pusieron en contacto con la humanidad. No podía ser obra del pensamiento, porque la antigüedad no conocía ninguno de los maravillosos vehículos que le facilitan hoy su propagación con la rapidez del rayo. Un conquistador fué quien propagó en el mundo antiguo la filosofía con la cultura helénica, de la que es preciado fruto. Alejandro, por mucho que se le quiera ensalzar, ni soñar pudo en ser el misionero de la filosofía, y ménos aún el Juan Bautista armado del Cristo. Lo fué, sin embargo; fué un instrumento el héroe ilustre; pero ¿de quién ó de qué? ¿No lo sería de la Providencia?

La fuerza realiza algo mejor todavía: toma parte en el desarrollo de las ideas filosóficas y religiosas. Háse observado que el estoicismo romano difiere bastante del estoicismo griego: en éste hay algo de estrecho, al par que de exagerado, como en todas las especulaciones de la escuela. En Roma la filosofía de Zenon se ensancha, se humaniza, y acaba por tomar un carácter religioso, hasta el punto de haberse comparado á sermones los escritos de los filósofos. ¿Quién dió al estoicismo esa amplitud, esa elevación de sentimientos, y hasta pudiera decirse esa dulzura evangélica? Su transformación tuvo lugar en el seno de un pueblo guerrero. Los Romanos aplaudieron en el teatro este verso famoso: "Soy hombre, y todo lo que al hombre interesa lo juzgo digno de mí." La palabra *humanidad* es de creación romana; Romanos fueron los que reemplazaron con el cosmopolitismo el patriotismo rencoroso de las ciudades griegas; ¿quién inspiró al pueblo de Marte ese genio humano? Su misión de conquistador. La fuerza dió á Roma sentimientos é ideas que desconociera Grecia. Al extender el pueblo rey su imperio hasta confundir la Ciudad Eterna con el mundo, fué cuando imprimió al pensamiento un nuevo impulso casi tan grande como su ambición. ¿Preguntaremos ahora si los ru-

dos legionarios que corrieron de conquista en conquista se proponían por misión extender y ensanchar la filosofía griega? Jamás la fuerza se ha mostrado tan ostensiblemente como aquí ejecutando lo que no se proponía ejecutar. La fuerza es por sí destructora, y no ha faltado á esta misión en el mundo antiguo; la Grecia, el Asia, el África, la Italia, estaban cubiertas de ruinas ántes de que los Bárbaros viniesen á destruir todo á su paso como torrente asolador. Sin embargo, esa misma fuerza, no solamente abrió el camino á una religion pacífica, á una religion de caridad, sino que también preparó la paz, el cosmopolitismo y los sentimientos religiosos que se dirían inspirados en el Evangelio. La fuerza evangeliza: ¡hé aquí un verdadero milagro! Se ha visto la fuerza al servicio de una religion, el Islam, preparado por el sable; pero aquí la fuerza hace todo lo contrario de lo que se proponía. ¿Quién la obliga á secundar designios que ni sospecha siquiera? ¿No será la Providencia de Dios?

La mano de Dios se revela todavía en otra faz de la filosofía antigua, la preparación del cristianismo, según los Padres de la Iglesia lo confiesan; ¿á qué atribuir entónces la guerra encarnizada que esos mismos Padres le hacen? ¿Por qué le prodigan su desden? ¿Por qué humillarla hasta el punto de querer sujetarla como sierva? Tiene el odio su fundamento, porque no hay enemigo más temible para el cristianismo que la filosofía antigua. Quien dice filosofía, dice libertad de pensar; y la libertad de pensar es incompatible con una religion fundada sobre una revelación sobrenatural de la verdad. De aquí un odio á muerte que estalló ya en la antigüedad. El último de los Helenos, Juliano el Apóstata, trata de arruinar la religion que arruinaba al helenismo en el libre pensamiento, que es su esencia, y sucumbe protestando contra la victoria del Galileo. En el siglo XV encuentra vengadores; los filósofos, los poetas, los oradores de la Grecia salen de su tumba, y este *renacimiento* pone término á la dominación del cristianismo tradicional. Tal es el secreto del odio que los verdaderos ortodoxos profesan á las letras griegas y latinas.

Véase un espectáculo en extremo maravilloso. Nada más natural que la filosofía sea un principio de libre pensamiento; pero que esa misma filosofía prepare una religion que debe, durante siglos, suspender el curso del libre pensamiento; que la filo-

sófia misma forje los dogmas que deben encadenar al espíritu humano, es una contradicción que no se explica por la libertad. Nadie podrá decir que los filósofos con una mano levantaban el edificio del catolicismo y con la otra le arruinaban, y esto á sabiendas, con conocimiento de causa, con plena voluntad. No, es preciso decir, y es evidente, que los filósofos realizaron lo que no se proponían, lo que no querían hacer. Platon y Zenon, el mismo Epicuro, son los precursores del cristianismo, sin comprenderlo. En las escuelas de sus discípulos se forman los futuros Padres de una Iglesia que no admite otra filosofía que la que se presta á comentar sus dogmas, y trabajan, sin querer, en paralizar, durante siglos, todo movimiento filosófico. La filosofía, con todo, no abdica, y reaparece bajo un nuevo traje en la Edad Media. Á poco se hace pasar á Aristóteles por un Santo Padre. Pero es un amigo pérfido que esparce las semillas del libre pensamiento, es decir, de incredulidad. En definitiva, los filósofos son á la par precursores y enemigos del cristianismo; ¿quién impulsó á la filosofía á preparar el cristianismo, á demolerlo, al mismo tiempo que lo edificaba? Luego la filosofía es también un instrumento. ¿De quién ó de qué? ¿No será de Dios?

Hemos planteado varias cuestiones y vanamente hemos buscado otra solución. Desterrando á Dios de la historia, hay que convenir en que gobierna las cosas humanas, bien el azar, bien la fuerza, bien la naturaleza, bien alguna ley general que ignoramos. ¿Habremos de repetir que el azar es una palabra vacía de sentido, que la naturaleza no tiene significación si en ella no interviene la mano de Dios, que la fuerza excluye toda noción moral y que una ley supone legislador? Esas explicaciones no constituyen respuestas á nuestras preguntas, no explican nada. Á un misterio se contesta con un *yo no sé* igualmente misterioso. Por nuestra parte respondemos: la mano de Dios es quien conduce al género humano hácia el término de su destino. Á esto objetarán los ateos que nuestra respuesta es un misterio, puesto que ni ven, ni oyen, ni tocan al Dios que invocamos. En buena hora; para los que niegan á Dios, nada significa enseñar que hay una dirección invisible en la vida de la humanidad. Con todo, deben reconocer que existe esa dirección, punto capital cuya evidencia surge de los hechos que acabamos de relatar. La

antigüedad es una preparación del cristianismo; los conquistadores y los filósofos, los Judíos y los Griegos, los Egipcios y los Persas, desempeñan su papel en ese trabajo secular como actores, aunque sin conciencia de lo que hacen y dirigidos por una fuerza que no es su libre actividad. Los mismos ateos lo reconocen y llaman á esta fuerza naturaleza, rehusándole la libertad y la inteligencia. Mas ¿se concibe una fuerza ininteligente que obra con inteligencia? ¿Se concibe una fuerza que prosiga su plan sin tener plan trazado? ¿Quién se lo ha impuesto? Quieran ó no, ello es que hay que recurrir á una primera causa. Los hechos nos muestran la obra por esta causa producida y á la que sirven de demostración. En este sentido, la historia atrae á Dios á los que sintieran impulsos de negarle; podrán desconocerle en su fuero interno, pero no en la historia, porque los hechos históricos carecerían de sentido sin la acción de Dios y del gobierno providencial. Este gobierno no deja, hasta cierto punto, de ser para nosotros un misterio, y los materialistas podrían añadir que se reduce á una palabra que dice tanto como el azar, la fuerza ó la naturaleza. De artemano hemos contestado que el mundo entregado al azar, á la fuerza ó á una ley ciega, ofrece un espectáculo para desesperar y humillar al hombre. Misterio por misterio, preferimos el que le eleva al que le rebaja al nivel de los brutos.

§ III.—El cristianismo y los bárbaros.

N.º 1.—*Jesucristo.*—*Lo que Cristo quería, lo que quiere Dios.*

I.

Jesucristo predica el *Evangelio del reino*. ¿Qué reino es este? Oigamos á los evangelistas: "El sol se oscurecerá, la luna no reflejará su luz, las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos serán conmovidas. Entónces aparecerá en el cielo el signo del Hijo del Hombre; entónces llorarán todas las tribus de la tierra y verán al Hijo del Hombre en medio de las nubes con gran poder y majestad. Y él enviará sus ángeles, y con la voz sonora de la trompeta reunirá á los escogidos de los cuatro puntos cardinales de la tierra..." *El reino* predicado por el Cristo, que suele tomarse en